

obligadas á salir á la defensa del bienestar de Europa. Es preciso acorralar á Prusia, no solo por el momento sino para siempre. Cualquier disidencia que aparezca en los planes de las potencias le servirá de continuo pretexto para no entrar en juego ó para abandonarlo si ya ha entrado en él.» Metternich quería noblemente, para el bien del Austria, que Prusia tomara parte en la guerra que iba á estallar, y creía posible conseguir este deseo por medio de la violencia, sin sospechar que Czartoryski no quería ni lo uno ni lo otro, sino que por el contrario deseaba que las mismas medidas coercitivas por Metternich recomendadas sirvieran para los fines que él se proponía. De suerte que Metternich contribuía de buena fe y con medios equivocados á un fin indigno. El emperador Alejandro opinaba que su embajador, el anciano Alopens, no tenía bastante energía de carácter y que durante los muchos años que en Berlin había representado á la corte rusa se había ido inclinando poco á poco á favor de Prusia. «Por esto yo, — dice Metternich (1) — invitado por este monarca, tuve que suplir lo que á su ministro faltaba.» Todos los despachos que habian de enviarse á Alopens eran notificados al conde Stadion, embajador de Austria en San Petersburgo, y por conducto de éste los recibía Metternich, á fin de que pudiera vigilar, dirigir, estimular é impulsar al embajador ruso. En la campaña que al lado de este ruso emprendió contra la neutralidad de la corte prusiana demostró siempre tanta astucia como energía; pero el resultado de sus esfuerzos fué, como hemos visto, un completo fracaso (2). Es verdad que Metternich lo quiso atribuir á las faltas de Alopens; pero su verdadero fundamento estaba en el falso juicio que se había formado acerca del carácter de Federico Guillermo y en la contradicción interna que existía en el doble plan que de repente concibió el emperador Alejandro. Cuando en 24 de setiembre de 1805 escribía Metternich á Colloredo: «Ahora veo claramente que el rey de Prusia no puede consentir la marcha al través de sus Estados de las tropas francesas sin exponer directamente su honor personal,» hacia una defensa de la política prusiana y condenaba la suya propia de una manera tan terminante como hubiera podido hacerlo á haber conocido los criminales proyectos de Czartoryski, de los cuales nada sabía.

El movimiento operado pocos días despues por el mismo Napoleon no tuvo las consecuencias que en un principio se habian esperado. Para obtener el Hannover para Prusia, Hardenberg había entablado negociaciones secretas de alianza con Laforest y Duroc, negociaciones á las cuales puso término el rey en 3 de octubre de 1805 declarando «que las condiciones francesas eran de todo punto inaceptables (3).» En esta manifestacion todos los que juzguen con imparcialidad verán mas ciencia política y mejor sentido que en todo cuanto escribió entonces Hardenberg sobre este particular y reprodujo despues en sus memorias. En la madrugada del 4 de octubre llegó á Berlin el príncipe Dolgoruki, ayudante del emperador Alejandro, portador de una nueva carta autógrafa de su soberano, que se había quedado en Brzesc para dirigirse á Pulawy. El príncipe, acompañado de Alopens, fué recibido por el rey en Potsdam el día 6 de octubre (4). El monarca leyó la carta del emperador, el cual le suplicaba que acudiera lo mas pronto posible á la entrevista convenida y repetía la amenaza de hacer pasar las tropas por sus territorios. Federico Guillermo declaró en el acto que habiendo notificado á las potencias la neutralidad de Prusia, se consideraría en guerra contra cualquiera que violando su territorio

atentara á su neutralidad. «Regresad á donde está el emperador, vuestro soberano, y trasmitidme mi irrevocable resolución.» De esta manera fueron despedidos los dos embajadores.

Despues de haber éstos salido de Potsdam, Hardenberg fué recibido por el rey, y antes de que se retirase llegó el despacho en que se le notificaba que el día 3 de octubre había comenzado la marcha de los franceses por el territorio de Ansbach, á la cual en vano se había opuesto un destacamento de 24 húsares mandado por un teniente. Entonces el rey dijo á Hardenberg: «El asunto ha cambiado de aspecto: id inmediatamente á ver al príncipe Dolgoruki y decidle que en seguida le entregaré una carta manifestando al emperador que le abro las fronteras de mi reino (5).»

El rey no quiso negar ya á los rusos en el Este el paso que Napoleon se había permitido en el Sur, y con esto terminaba, en todo caso, la neutralidad hasta entonces conservada; pero no se realizaba todavía el rompimiento con Francia ni se declaraba la guerra á esta potencia. Esto habría sucedido si Federico Guillermo, como pensó en el primer momento de indignacion, hubiese hecho salir inmediatamente de Berlin á Laforest y á Duroc, pero no fué así, y Hardenberg se alaba de haberlo evitado. No obstante, quedó subsistente el mismo disgusto que en el rey había producido la iniquidad contra él cometida.

El conde Metternich, que interiormente se alegraba de la rápida eficacia del incidente, no creía que Napoleon hubiese querido ofender, humillar y ultrajar intencionadamente, es decir, perfectamente convencido de las consecuencias del paso que daba, á aquel monarca cuya susceptibilidad hasta entonces continuamente había respetado. Ya en su despacho de 7 de octubre sentó la hipótesis de que Napoleon, fundándose en las relaciones de sus dos embajadores, pudo haber creído que desde el 28 de setiembre, fecha en que debían ponerse en marcha los rusos, Prusia habría dejado de ser neutral para ser ó franco aliado ó enemigo declarado de Francia: si lo primero, no era necesario pedir disculpa por la marcha de las tropas, y si lo segundo, no había que esperarla (6). En las mismas palabras de Napoleon hemos visto una prueba de la exactitud de esta apreciación.

Duroc y Laforest negaban solemnemente, en su carta á Hardenberg, que su emperador se hubiera propuesto el menor ultraje, y el primero envió una nota de Talleyrand, de 5 de octubre (7), en la cual se hacía mención del convenio de 5 de agosto de 1796, que había venido á sustituir al de 17 de mayo de 1795, y cuyos artículos 5 y 3 decían terminantemente que las potencias beligerantes podían atravesar los territorios de S. M. prusiana no enclavados en la línea neutral, especialmente los principados de Franconia, á condicion de que no habían de hacer de ellos el teatro de la guerra ni tomar en ellos posiciones fortificadas. Además, Prusia hasta entonces solo había sostenido la neutralidad de la Alemania del Norte, y Ansbach y Baireuth habían sido siempre consideradas como pertenecientes á la Alemania del Sur y como fuera de la línea de neutralidad. El rey no quiso atender á estas observaciones. La carta redactada por Lombard, cuyas disposiciones eran pacíficas, y que Hardenberg había de entregar el día 14 de octubre á los franceses por encargo del rey, comenzaba con estas palabras: «S. M. no sabe si admirarse mas de la violencia que el ejército francés se ha permitido cometer en sus provincias, ó de los incomprensibles argumentos con que hoy quiere justificarla (8).»

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 1 y 44.

(2) Véase *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 21.

(3) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 253.

(4) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 1 y 47.

(5) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 1 y 47-48.

(6) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 55-56. Véase *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 24-25.

(7) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 285.

(8) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 293.

No con palabras sino con hechos se sofocó el incendio que produjo la indignación causada por la arbitraria marcha al través de Ansbach. En 10 de octubre manifestó Metternich (1) que Hardenberg le había notificado «confidencialmente» que el rey se había pasado con todas sus fuerzas á los aliados; pero esto, como muy pronto se vió, era ó una mala inteligencia de Metternich ó una gran exageración de Hardenberg. En el Consejo de Estado celebrado el 9 de octubre se habían adoptado algunas medidas militares y se había acordado, no la guerra, sino simplemente una mediación armada (2), y aun ni ésta se quiso cuando en 15 de octubre se supo por conductos bávaros y franceses que Mack había sido completamente cercado en Ulm, y el 16 se tuvo noticia de una terrible derrota sufrida por los austriacos en Wertingen, donde cayeron en poder del enemigo 12 batallones de granaderos con toda la artillería y banderas (3). El lenguaje de Hardenberg varió entonces de una manera que indignó á Metternich. Aquel ministro, poco antes tan belicoso, negaba entonces que el rey hubiese dicho que consideraría como una declaración de guerra toda violación de su territorio. La marcha de los rusos quedó en suspenso, pero Duroc y Laforest declararon que Napoleón no la vería con malos ojos. El monarca no asistió á la entrevista á que tantas veces le había invitado el emperador de Rusia, el cual tuvo por fin que dirigirse personalmente á Potsdam, siendo la primera novedad que allí le sorprendió, en 25 de octubre, la noticia de haber sido hecho prisionero en Ulm el ejército de Mack.

Después del banquete que en honor suyo se dió en el palacio de Berlín, y que fué servido en vajilla de oro, el emperador se hizo presentar al conde Metternich y le dijo, después de haberle manifestado que le conocía perfectamente por sus obras: «Vos también conocéis á fondo mi manera de pensar; podemos, pues, tratarnos como antiguos conocidos. — Señor, — contestó Metternich, — por virtud de la mas magnánima y feliz de las resoluciones se encuentra V. M. en el teatro de nuestros largos é infructíferos esfuerzos: lo que nosotros no hemos podido conseguir estaba reservado al salvador de Europa, y V. M. coronará una obra digna de tan eminente negociador. — Así será, — repuso el emperador; — por lo menos, estoy decidido á no partir hasta que se hayan disipado todas nuestras dudas y ahora estoy, lo confieso, mas contento de lo que yo mismo había esperado. Habéis conducido perfectamente la nave; no falta mas que empujarla un poco para que esté á flote. He encontrado muy buenas disposiciones: Mollendorff tiene excelente criterio; el mismo Haugwitz se me ha manifestado en extremo cordial y está encantado de vuestro emperador. A la reina, especialmente, la he visto mas animada de lo que yo creía: solo queda el diablo de Kockeritz. Pero todo se andará: todos convienen en vuestra idea de mediación, ya lo veremos. Esta mediación no puede ser mas que un ultimatum que de fijo no aceptará Bonaparte, y obtendremos una contestación insolente antes de las tres semanas que se necesitan para tener aquí dispuestos todos vuestros ejércitos (4).»

El tratado (5) que en 3 de noviembre de 1805 firmaron en Potsdam los plenipotenciarios de Prusia (Hardenberg y Haugwitz), de Austria (Metternich) y de Rusia (Czartoryski, Alopens y Dolgoruki) decia en su artículo 1.º: «S. M. el rey de Prusia acepta la mediación entre las potencias beligerantes, pero esta mediación debe ser armada y su resultado ha

(1) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2 y 57.

(2) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 275-278.

(3) *Memorias de Metternich de 15 y 16 de octubre*.

(4) Metternich á Colloredo, 29 de octubre de 1805. *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 583.

(5) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, pág. 324.

de ser ó el inmediato restablecimiento de la paz continental, hecha sobre las bases que á continuación se expresan, ó la cooperación activa de Prusia en la guerra de los aliados contra Francia.»

En el artículo 2.º se desenvolvía el programa de la paz que Prusia, inmediatamente después de firmado el tratado (artículo 3.º), debía proponer por medio de una persona de confianza enviada al cuartel general francés. Pedíase en él el restablecimiento del rey de Cerdeña en su trono y la indemnización de los perjuicios que se le hubiesen causado; la independencia de Nápoles, Holanda, Alemania y Suiza, y para el Austria en Italia el Mincio y el Po, con Mantua y Polesina di Rovigo por fronteras. Mientras duraran las negociaciones (artículo 7.º) los ejércitos prusianos debían marchar hacia los puntos donde en el caso de un rompimiento habían de operar, y las negociaciones debían ser llevadas de manera que pudiesen terminarse en cuatro semanas á contar desde el día de la partida del negociador, que debía ponerse inmediatamente en camino. Para los 180,000 hombres del ejército prusiano y para los cuerpos especiales de hesseses y sajones, Inglaterra debía pagar subsidios en la misma proporción que los satisfacía á Rusia y al Austria. Al firmarse la paz debía obtener Prusia una frontera mejor y mas segura de la que hasta entonces había tenido, y el emperador Alejandro se obligaba á inducir á Inglaterra á que renunciara al Hannover en favor de Prusia. A la noche siguiente de firmarse el tratado, el emperador Alejandro se dirigió, acompañado de Federico Guillermo y de la reina Luisa, á la iglesia de la Guarnición, de Potsdam, y se hizo conducir á la cripta donde se encuentra el sepulcro de Federico el Grande, al lado del de Federico Guillermo, besó el sarcófago del primero y, «después de haber lanzado una última mirada sobre el altar,» se despidió de sus majestades (6).

En los debates militares que muy pronto siguieron á este tratado, presentó el duque de Brunswick, en 5 de noviembre, una memoria (7) en la cual, entre otras cosas, decia: «Si es preciso turbar la paz, será de desear que se espere al 15 de diciembre, fecha en que es de creer que esté dispuesto en los puntos ofensivos y defensivos todo aquello que se crea necesario.» Por esto y teniendo en cuenta que era muy difícil que con un hombre como Napoleón las negociaciones duraran mucho tiempo, se pedía que se aplazaran algun tanto bajo diversos pretextos. Conforme con esta opinión procedió Haugwitz, quien, contra lo que prevenía el tratado, pero con la venia del rey y sin oposición de Hardenberg, aplazó su partida mas de una semana.

En el documento en que él mismo consignó las indicaciones para su viaje (8), partía del punto de vista del duque de Brunswick, es decir, de que por razones militares debía evitarse que se rompieran las hostilidades antes del 15 de diciembre, y hacia los siguientes cálculos: «Saliendo el 13 y empleando doce días en el viaje, llegaré el 25 á donde está Napoleón: una vez avistado con éste, será difícil conseguir ningun aplazamiento, así es que solo pongo cuatro días para las negociaciones. Si rechaza la petición, no queda mas remedio para evitar un inmediato rompimiento que oír las explicaciones que él diere y ponerlas en conocimiento del rey. En este caso, y contando que emplearé diez días en el viaje, habré regresado el 9 de diciembre, y si las cosas pueden marchar así, tendremos como consecuencia la doble ventaja de que Napoleón no conocerá la resolución del rey favorable á la guerra hasta después del 15 de diciembre, al paso que el rey sabrá que es inevitable antes del día 10.»

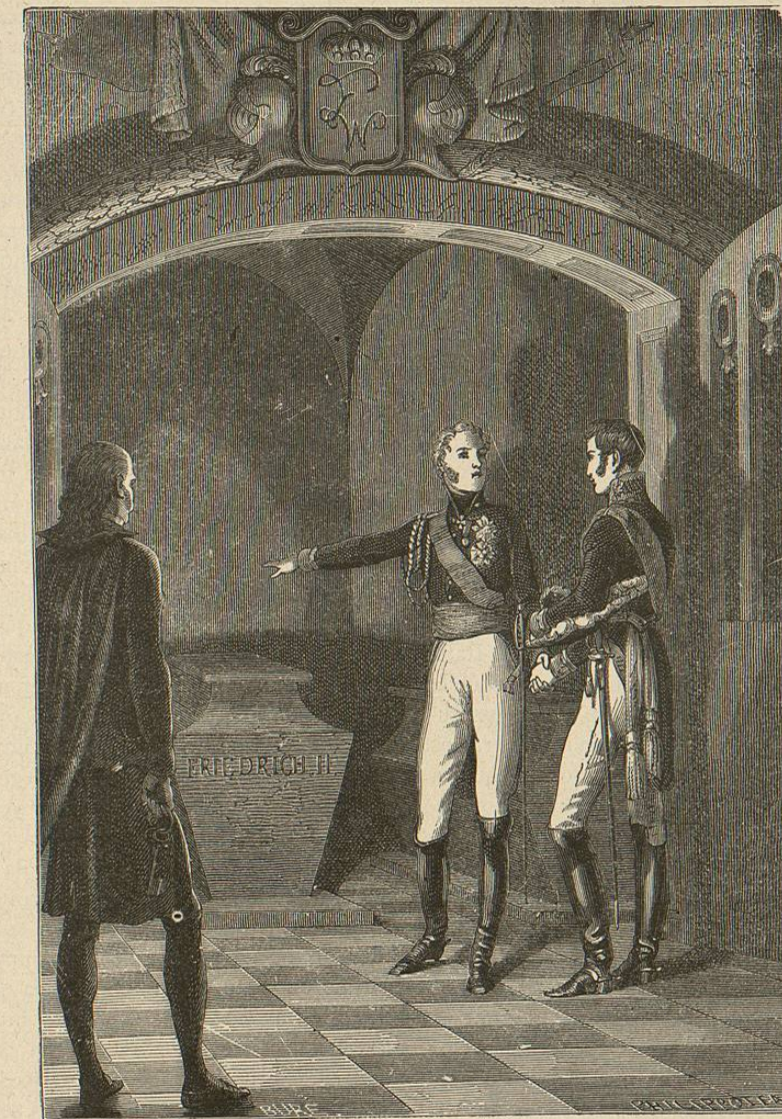
(6) Hauser, tomo II, pág. 617.

(7) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 336-337.

(8) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 185-189.

Haugwitz emprendió su viaje el día 14 de noviembre, es decir, cuando ya Napoleón había entrado en Viena, obligando al emperador Francisco, á la corte y al ejército á huir hacia Moravia. Lo que allí aconteció lo supo el rey de Prusia el día 23 del propio mes por una carta que el emperador Alejandro le dirigió el 19 desde Olmutz y en la cual le decia: «Nuestra situación es mas que crítica: estamos solos contra los franceses y éstos nos amenazan continuamente. Hoy el cuartel general está en Olmutz, que ni tiene provisiones

ni se encuentra en estado de defensa. El ejército austriaco puede decirse que no existe. Los nuestros pelean con un valor verdaderamente admirable, y en Krems, Mortier ha sido por completo derrotado. Se dice, además, que se ha quedado en el camino; pero esto de nada nos sirve, porque la superioridad de los franceses sobre nosotros es demasiado grande. Si vuestros ejércitos se ponen en movimiento, cambiará la situación y los míos podrán emprender de nuevo el ataque (1).»



El emperador de Rusia Alejandro I y el rey de Prusia Federico Guillermo III ante la tumba de Federico el Grande.

CAPÍTULO III

AUSTERLITZ, SCHENBRUNN, PRESBURGO

Las medidas que para la guerra había adoptado el gabinete de Rusia estaban tan exclusivamente calculadas sobre el supuesto de que Prusia tomaría parte en la guerra, que cuando, contra lo que era de esperar, esta potencia se negó á intervenir en ella, se introdujo el mayor desorden en todo el organismo de la dirección del ejército ruso.

Para la guerra contra Francia, único objeto á la sazón de la actividad de todos los ejércitos rusos, solo había sido destinado uno de ellos, y aun éste no había intervenido oportunamente en la lucha. Cuando en 16 de julio de 1805 el edecán y confidente del emperador Alejandro, Winzingerode, discutió verbalmente con el general Mack el plan de

campaña, convino en que para el primer ejército ruso no eran suficientes 50,000 hombres, y fué harto complaciente para asegurar que no dudaba de que el emperador se dejaría convencer de la necesidad de aumentar este primer cuerpo hasta 54,918 hombres y 7,926 caballos. Acordóse, además, que la primera columna de este primer ejército ruso pasaría en 16 de agosto las fronteras austriacas y llegaría á Brody. Acerca de la línea que seguiría el segundo ejército ruso nada se determinó, y únicamente Winzingerode opinó que el emperador no tendría inconveniente alguno en que aquel ejército llegara el 20 de agosto. El edecán no tenía plenos poderes para fijar de un modo obligatorio el momento en que se reunirían y se pondrían en marcha los rusos, y cuando regresó á San Petersburgo quedaron en esta corte

(1) Hardenberg: *Memorias*, tomo II, págs. 347-348.